

## La Identidad

**José Martín Hurtado Galves**

### I. La identidad desde la Teoría de lo Difuso

“A nuestro alrededor las cosas cambian de identidad [...] Cada cosa fluye regularmente hacia no cosa”.<sup>1</sup> Como sabemos, el lenguaje es un hilo entre la palabra y lo que nombra, y es el lenguaje precisamente el que nos acerca hasta la verdad o falsedad de las cosas.

Desde el Renacimiento, el nuevo racionalismo<sup>2</sup> se declaró formalmente en contra del uso de la metáfora y de otras formas del habla retórica. La *Royal Society* de Inglaterra exigió que el lenguaje, en investigación, fuese llano, literal y preciso. Se intentaba eliminar todo aquello que no pudiese justificarse por medio del uso sistemático de métodos racionales. Se buscaba, ante todo, erradicar las ficciones de los metafísicos, los místicos y los poetas. Ahora bien, con el paso del tiempo, tal afirmación ha sido, y es, cuestionable, ya que no siempre hay afirmaciones o sólo verdaderas, o sólo falsas, y aunque la lógica formal<sup>3</sup> ha intentado mantener esta idea como premisa de su discurso. La lógica modal -por ejemplo- sostiene lo contrario: que no es necesario que tal o cual cosa sea cierta para que aquella que afirma lo contrario sea necesariamente falsa.

El objetivo del presente artículo<sup>4</sup> es mostrar que el fundamento de una construcción basada en ideas claras y distintas, como sostenía Descartes, hoy no tiene una función real en el momento de su aplicación a las identidades en las diferentes sociedades multiculturales en las que vivimos<sup>5</sup>, pues el lenguaje es parte de la construcción de la identidad y, en ese sentido éste no se constriñe a una forma racional de concebir la realidad, sino que, a través de diversas formas de lenguaje nos vamos construyendo como seres individuales y sociales. Tratar de reducirlo a una sola forma de concebir el lenguaje, sería tanto como tratar de concebir al ser humano, y esto nos conduciría a un problema sorites, como aquél “cuando Zenón cogió un grano de un montón de arena y preguntó si el montón aún era un montón [...] o el de aquél

---

<sup>1</sup> Kosko, Bart. (1993), *Pensamiento borroso*, Barcelona, Editorial Drakontos, Colección Crítica, p. 18.

<sup>2</sup> Descartes (s. XVII) fue el filósofo que propuso usar *ideas claras y distintas*, como medio del racionalismo, para poder aceptar como verdadero sólo lo que es evidentemente verdadero; esto se da -decía- cuando se logran percibir las notas características de una idea y cuando se pueden distinguir dichas notas con respecto de las demás ideas.

<sup>3</sup> También llamada lógica binaria de Aristóteles se reduce a una sola ley:  $O A$  o  $no A$ . O eso o aquello. El cielo es azul o no lo es.

<sup>4</sup> Este continúa, aunque no necesariamente, en un segundo ensayo titulado *Desde la Teoría del todo y la nada*.

<sup>5</sup> Específicamente en las occidentales, como las nuestras, en las que la presencia indígena es parte consustancial de nuestro ser ontológico en constante construcción.

mentiroso de Creta que decía que todos los cretenses eran unos embusteros, y preguntaba si había mentido. Si así había sido, no había dicho una mentira. Y si había mentido, la había dicho. Parecía que mentía y no mentía al mismo tiempo”<sup>6</sup>

En los dos casos, no podría haber sólo una respuesta, pues ésta estaría condicionada por la particular circunstancia de quien asumiría contestarla. Lo mismo sucedería en el caso del principio de Heisenberg<sup>7</sup>; es decir, la mayor parte de los enunciados o proposiciones son indeterminados, inciertos, borrosos. Pensemos en “el caso de las matemáticas, en la medida en que las leyes de éstas se refieren a la realidad, no son ciertas, y en la medida en que son ciertas, no se refieren a la realidad”<sup>8</sup>. El positivismo lógico sostiene que si no se puede contrastar o demostrar matemáticamente lo que se afirma, entonces tal afirmación no tiene sentido; pero, de nuevo en el caso de la identidad, cómo se podría demostrar que una identidad que se da en la pluralidad de sus manifestaciones, y que está en constante cambio, es a la vez una única, demostrable e invariable identidad. Aunque la realidad se bifurque en un enramado gris, ahí está la ciencia para decir que o es blanca o es negra. “El mundo es borroso, la descripción no [...] los enunciados que hablan de hechos no son o verdaderos o falsos del todo. Su verdad cae entre la verdad y la falsedad totales, entre el 1 y el 0. No son bivalentes; son multivalentes, grises; son borrosos”<sup>9</sup>.

En el caso de la identidad, ésta no puede estar en medio de los extremos de lo que se dice que es con respecto a la forma en que se enuncia; pues las “formas” de entenderla están en constante posibilidad de cambiar, de entenderse desde otra perspectiva socio-histórica; así, la existencia de la identidad no sólo es un *acto* (pues existe), sino una *potencia* también (pues existe en la medida en que existen los hombres que la formulan y se construyen desde ella), pero, su existencia también está en relación directa en la certeza de que nacerán nuevos hombres, sociedades y siglos que la harán suya *desde* y *a* su modo. La identidad, entonces, no es una inamovible esencia inmutable, antes bien, es ella en la medida en que, al igual que los hombres, puede cambiar para seguir siendo lo que es (aunque se modifique la concepción que se tenga de ella).

La identidad no es un hecho en sí, algo que pudiera confrontarse con otros aspectos que le dieran validez de existencia. La identidad es un concepto más con el que los hombres, desde sus propios lenguajes, se siguen construyendo. Es un concepto que no sólo sirve para nombrar o referirse a objetos o seres ónticos, sino también, en la medida en que es un concepto que trasciende la semántica misma, se convierte en la flecha que se dispara y el blanco en el que se clava. Las cosas al igual que los hombres de cerca se vuelven borrosos, se pierden en la aprehensión visual que se hace de ellos, y aunque los bordes sean exactos, las cosas y los seres humanos se pierden entre la realidad de la que forman parte y que sólo desde una cierta distancia adquieren credibilidad de separación entre unos y otros, asumiéndose entonces como individuos.

El hombre, de lejos, parece un objeto. Aunque lo conceptualicemos como ser humano. La realidad es que sólo lo entendemos como un ser cosificado que nos sirve para sustentarnos a nosotros mismos como seres sociohistóricos. El hombre y las cosas son conjuntos que adquieren tal o cual existencia a partir de que son considerados como partes de un conjunto que, a su vez, es parte de un conjunto mayor. Entonces, “la lógica borrosa consiste en razonar con conjuntos borrosos”.<sup>10</sup> En

---

<sup>6</sup> Kosko, *Ibidem* p. 20

<sup>7</sup> Este principio matemático dice que si se miden algunas cosas de manera precisa, no se podrá hacer lo mismo con otras.

<sup>8</sup> Kosko, *Ibidem* p. 20

<sup>9</sup> Kosko, *Ibidem* p. 21

<sup>10</sup> Kosko, *Ibidem* p. 26

la medida en que algo se parece más a lo contrario de su ser, más borroso se torna. Donde sólo vemos una parte, ésta a su vez está conteniendo a otras partes, un todo compuesto de otros todos. La identidad no es un todo acabado, claro, lleno de luz, antes bien, es una parte de otro todo que son las circunstancias sociohistóricas de cada sujeto concreto en construcción. La identidad, como tal, es gris. Ahora bien, el principio borroso afirma que *todo es cuestión de grado*. Hay cosas, como la identidad, que no importa cuán cerca las miremos, no dejan de ser borrosas, devienen de suyo de un origen prístino con bordes borrosos, tan borrosos como las preguntas y respuestas unívocas con las que han pretendido darle veracidad. Entonces, no podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, si la identidad es o *no es*, tampoco si una persona se conforma por una sola identidad, y mucho menos si la identidad es un término unívoco.

Entre una posibilidad binaria de existencia, está un infinito, uno que, al igual que el Minotauro, necesita de un hilo de Ariadna para poder seguir un camino; incluso aunque a la salida estuviera un nuevo laberinto, como el de Borges, construido en sus paredes, pisos y techos por espejos en los que al reflejarnos, la identidad también se reflejaría; pero, como serían muchos espejos en todos lados, ¿cuántas identidades proyectaríamos?

“Los lógicos de los años veinte<sup>11</sup> elaboraron la lógica multivaluada<sup>12</sup> para abordar el principio de incertidumbre de Heisenberg [...]<sup>13</sup>. De igual manera, tratar de medir la identidad como si esta fuera algo inmodificable al través de los años es inútil, pues cada forma de entenderla responde a las exigencias espaciotemporales del que lo hace. Siguiendo el principio borroso de *todo es cuestión de grado*, la identidad sólo puede entenderse en la medida en que primeramente se *des-cubran* las circunstancias y entornos sociales dentro de una comprensión, tanto diacrónica<sup>14</sup> como sincrónica<sup>15</sup>, de los diferentes colectivos que conforman cada sociedad en movimiento. Es decir, si asumiéramos que la identidad es *A* o *B*, dónde dejaríamos los infinitos que hay entre una y otra; o bien, si *A* fuera sólo la identidad, el serlo ¿negaría la existencia de *B*? Este tipo de razonamientos bivalentes y maniqueístas, son los que han empobrecido el concepto de identidad, rediciéndolo a una forma de ser *ser* que responda a intereses de grupo (coloniales, neocoloniales, globalizantes) o bien, desde otra forma de ser que se diferencie de ellos, imposibilitando así el reconocimiento de la existencia de la otredad. Pero, la identidad no puede quedar circunscrita a una posición fija desde las antípodas o contrarios, pues no hay tales ya que la conceptualización variará de una sociedad a otra (incluso dentro de una misma sociedad).

Ahora bien, la lógica borrosa de la conceptualización de lo que es, o puede llegar a ser, la identidad, empieza precisamente en las contradicciones que manifiesta al momento de su existencia como término y posibilidad holista de ser a través de la existencia de sujetos concretos. Recordemos a Bertrand Rusell en su ejemplo del barbero “El patilludo barbero va poniendo un cartel que dice: *Afeitado a todos los que no se afeiten a sí mismos, y sólo a ellos*. Pero, ¿quién afeita al barbero? Si se afeita a sí mismo, entonces, según el cartel, no lo hace. Pero si no se afeita a sí mismo, entonces, según el cartel, sí lo hace. Parece que se afeita y no se afeita a sí mismo a la vez”<sup>16</sup>. En el caso de la identidad, cuáles son los límites para decir que ésta se tiene o no. La identidad es como el cubo tridimensional de Rubik, un cubo borroso en tres

<sup>11</sup> En el siglo XX

<sup>12</sup> El lógico polaco Jan Lukasiewicz partió el grado intermedio de *indeterminación* en múltiples piezas y creó la lógica multivaluada.

<sup>13</sup> Kosko, *Ibidem*, p. 32

<sup>14</sup> Al través del tiempo.

<sup>15</sup> En el tiempo.

<sup>16</sup> Kosko, *Ibidem*, p. 38

dimensiones. Qué hay dentro del cubo. Cuántos cubos hay dentro de él. Si las posiciones de sus cubos internos se mueven, cambia la apariencia del cubo, pero, ¿cambia su identidad?. ¿Deja de ser cubo?. La identidad es un cubo en constante devenir. De cerca, es una; de lejos, es la misma pero se entiende de manera diferente. Cuál es la realidad, ¿la de cerca o la de lejos?, ¿la del todo o la de sus partes?, o la de sus caras y bordes que es sólo lo que vemos. Al menos en el cubo, la bivalencia, lo borroso de su identidad, está en las esquinas o bordes que se mueven; pero, en la identidad, ¿cuáles son sus “bordes” o “esquinas”? A la identidad no sólo la vemos, también somos ella misma. Cómo nos conceptualizamos, cómo nos dicen que somos, o cómo creemos que somos.

Pensemos: si intentáramos conceptuar a un mexicano, ¿sería conceptuarlo como no mexicano a la vez?, ¿perogrullo?, tal vez, pero, ¿y los indígenas?. Son mexicanos porque nacieron aquí en lo que hemos conceptualizado por cuestiones políticas como Estados Unidos Mexicanos, pero, ¿sólo el lugar de nacimiento los hace ser quienes se les ha dicho que son?. Los conocimientos nos sirven no sólo para hacernos una imagen del mundo concreto en el que cada uno de nosotros vive, también nos son necesarios para sabernos como un alguien (sujeto), y no como un algo (objeto). Somos un-alguien-histórico-en-construcción, alguien que ha vivido a partir de haber asumido una identidad (pacífica o violentamente) que se bifurca en su constante devenir. Pero, esta identidad, desde la teoría de lo borroso, es como la edad de cualquier hombre, veamos: alguien que tenga cuarenta años, ¿es viejo o joven?. Tendríamos que definir que la respuesta no tendría por qué estar en él solamente, pues él sólo se entiende a partir de su sociedad; entonces para su sociedad probablemente sería un hombre joven, pero, para los que tienen 15, 20 ó 25 años de edad dentro de su misma comunidad sería ¿joven?, más bien sería considerado por éstos como un hombre viejo. Entonces cuál es la respuesta. Si insistiéramos en sólo aceptar una respuesta, caeríamos en un problema sorites. De igual manera, la identidad -sin ser un problema sorites- tiene de suyo varias posibles respuestas; sobre todo cuando atisbamos que la identidad que le podríamos adjudicar a algún ser humano concreto, no la asumiría como tal. Consideremos que la división es una imposición de la autoridad. No siempre se puede sostener aquella máxima aristotélica, de “A mayor extensión, menor comprensión; y a mayor comprensión, menor extensión”, pues cuál es la comprensión de la identidad, cuál es su extensión; ¿todos los mexicanos tenemos identidad de mexicanos?, ¿cómo podríamos demostrarlo?, ¿comprendemos lo que significa en nosotros y en los otros tal concepto?. Hoy podríamos afirmar que “A mayor precisión, mayor información. [y que] A mayor información, mayor borrosidad [...] Más información quiere decir más hechos. Con más información se describen mejor los hechos. Nos da imágenes más claras de los hechos y desde más ángulos. Pero la borrosidad promete ser parte permanente de esas imágenes”.<sup>17</sup>

La concepción de la identidad es, en sus raíces, una visión del mundo, que parte de la concepción arquetípica de un ser humano que debe responder a esas perspectivas de mundo, en donde el nos-otros sólo tiene significado si se da la posibilidad de la otredad (los-otros) que lo reconocen. “¿Se puede dibujar un círculo? [...] Nadie ha visto jamás uno. Nadie ha visto jamás un cuadrado o un triángulo o una elipse o cualquier otro objeto geométrico. Hemos visto sólo aproximaciones, grises imperfectos en vez de perfectos blancos y negros. Amplíen la imagen lo suficiente y verán imperfecciones en el dibujo o en la impresión o en el grabado o en el ensamblamiento de las partículas subatómicas. Quizá Dios o unos súper extraterrestres podrían trazar círculos y cuadrados perfectos hasta el último quark. O

<sup>17</sup> Kosko, *Ibidem*, pp. 48-49

quizá no”.<sup>18</sup> De igual manera, quién podría decir con absoluta certeza que la identidad tiene tales o cuáles límites. ¿Dónde empieza o termina la identidad?. Entonces, la identidad es tan borrosa como los límites que se le han querido imponer *a priori*. La identidad es como una huella, nunca llegamos a tenerla ante nosotros. Es tan difusa como el todo y sus partes. Cada identidad es como una cadena de sucesos en varias dimensiones que, al visualizarlos desde una postura temporal, se les quiere dar una impresión temporal, como aquel subjetivismo que pretende ser “objetivo” tan sólo porque él dice que lo es.

La aleatoriedad de la identidad es, en sí, un estar siendo de continuo. En los hombres y las mujeres que le dan sentido al afirmar su existencia en relación a la identidad de ser un alguien de tal o cual modo, mismo que responda a la singularidad del arquetipo social que mencionábamos antes. La identidad, como un todo, es la parte de la probabilidad de concretizar tal arquetipo. Pero, la aleatoriedad no existe como tal, es la posibilidad de que la identidad se dé en cada sujeto que la hace suya. Pero, hasta dónde podemos decir que tal aleatoriedad es en realidad posible, eso sería un infinito y, recordemos que el infinito, es un término matemático derivado de la teoría de conjuntos tal y como fue propuesto por el matemático alemán Georg Cantor. Los conjuntos se pueden dividir en dos clases dependiendo de si los elementos del conjunto forman una aplicación biunívoca (correspondencia de uno a uno) con los elementos de alguno de sus subconjuntos propios. Un conjunto A es un subconjunto propio del conjunto B si todos y cada uno de los elementos de A pertenece a B pero B tiene al menos un elemento que no pertenece a A. Los elementos del conjunto [1, 2, 3] no pueden formar una correspondencia biunívoca con los elementos de cualquiera de sus subconjuntos propios; este tipo de conjuntos se denomina conjunto finito.

Recordemos que “Todas las ideas vienen de otras [ideas]. La historia de la borrosidad se reduce a la lógica de Occidente. Aristóteles nos dio la lógica binaria y buena parte de nuestra visión del mundo. Nos enseñó a manejar el cuchillo lógico y a trazar siempre una línea entre los opuestos, entre la cosa y la no cosa, entre A y no A. Cuando mejor tracen esas líneas, más lógica será su mente y más exacta su ciencia”.<sup>19</sup> Ahora bien, pensemos en la identidad como algo que existe por sí, o que sólo tiene sentido cuando hay una relación directa con hombres y mujeres concretos; es como decir que tal o cual objeto es duro, esto pasa a ser realidad sólo en la medida que lo hayamos experimentado o razonado; es decir, el objeto no es duro en sí, es duro, sólo porque a nosotros nos lo parece así, y eso siempre estará en relación con la comparación que hagamos de él con otros objetos. Lo mismo pasa con la identidad, es tal o cual, sólo por los referentes conceptuales que anteponeamos a su significado; la *con-vertimos* en un molde hecho a la imagen y semejanza de nuestro ser arquetípico ideal y cultural. Entonces, afirmar por medio de un enunciado que la identidad es tal, no es solamente una aserción, sino también una descripción. La realidad queriendo ser vista por la realidad a través de un espejo.

Hasta aquí podemos ver que no podemos entender a la identidad tan sólo con la lógica del concepto, pues es necesario que la conceptualicemos desde una *lógica de la imaginación*; esto es, la verdad factual es aquella que describe los hechos; pero ¿cómo es la verdad de la identidad en el ser humano?, “el hombre está programado en tal forma que necesita una cultura para completarlo”<sup>20</sup>. Sí, pero, cuándo podríamos decir que está totalmente terminado. No olvidemos que aunque “la cultura no es una opción distinta o un sustituto del instinto, sino más bien una

---

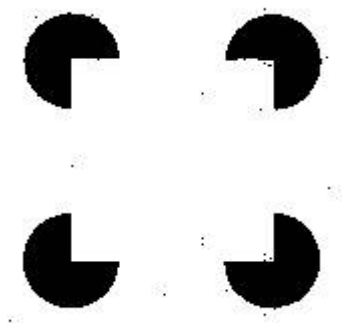
<sup>18</sup> Kosko, *Ibidem*, p. 55

<sup>19</sup> Kosko, *Ibidem*, p. 75

<sup>20</sup> Midgley, Mary (1989), *Bestia y hombre. Las raíces de la naturaleza humana*, México, FCE, p. 271

consecuencia y un complemento”<sup>21</sup> es una forma de ser de grupos sociales que se distinguen precisamente por imprimir su sello de identidad en sus habitantes; al menos lo intentan. Entonces, la fórmula “*Enunciado es verdad si y sólo si Enunciado*” de Alfred Tarski<sup>22</sup>, encierra precisamente la vaguedad de seguir afirmando que la identidad es tal a partir tan sólo de su enunciación, pues podrá ser un enunciado, pero éste sólo responderá a lo que se quiere decir con tal enunciado, no necesariamente a la realidad de la lógica de la imaginación, ya que se reduce a la lógica del concepto. Así, su aseveración será cierta, pero a lo que alude seguirá estando en el plano de la incertidumbre, de lo borroso, de lo constantemente conceptualizable. Nadie podrá negar su verdad como significado, pero éste no será necesariamente la representación simbólica del hecho en sí, es decir, de la identidad de cada sujeto concreto en construcción.

Tenemos pues que la identidad es algo vago, y que sólo adquiere luz y claridad hasta el momento en que se precisa por medio de la definición que responde a algún arquetipo social. Entonces, ¿en qué medida la identidad es ella?. Al parecer sólo en la medida en que pueda responder a nuestras anteriores afirmaciones morales<sup>23</sup> que a su vez sean el fiel reflejo de la constatación de los hechos de una sociedad concreta. Así, “la verdad lógica es vacía. Al final, es sólo un ajeteo de símbolos [...] De lo único que podemos estar seguros es de las tautologías lógicas, de “la hierba es verde” o “2 + 2 = 4” pero las tautologías, como vio Einstein, no se aplican al mundo real”<sup>24</sup> y en el caso de las identidades, ¿existen realmente?, o son como el cuadrado de Kanisza que existe sólo en la medida en que nosotros hacemos que exista.



Cuadrado de Kanisza

## II. La identidad desde la Teoría del Todo

“Nuestras tradiciones monoteístas refuerzan la suposición de que el mundo es básicamente una unidad, que no está regido por leyes distintas en lugares diferentes [...] también procede de nuestra tradición religiosa occidental la suposición

<sup>21</sup> Migdley, *Ibidem*, pp. 271-272

<sup>22</sup> Citado por Bart Kosko en *Pensamiento borroso*, p. 90.

<sup>23</sup> Morales en el sentido de deber ser.

<sup>24</sup> Kosko, *Ibidem*, pp. 244

de que las cosas están gobernadas por una lógica, que existe independientemente de las cosas mismas, y que las leyes son impuestas desde el exterior, como si de los decretos de un trascendente legislador se tratara<sup>25</sup>. Si a esto aunamos que, según Isaiah Berlin, una tradición central del pensamiento de Occidente se remonta al menos desde Platón en tres suposiciones básicas: a) Que toda auténtica pregunta tiene una verdadera respuesta, y sólo una: todas las demás son falsas; b) El método que conduce a las soluciones auténticas de todos los verdaderos problemas es de carácter racional; y c) Estas soluciones, se les descubra o no, son universal, eterna e inmutablemente ciertas: verdaderas para todos los tiempos, lugares y hombres, podremos ver que en el caso de la identidad, al igual que en cualquier afirmación cultural que tenga que ver con una forma de *ser* del hombre, se sostiene a partir de la creencia de que sólo puede haber una sola respuesta a una pregunta; o bien, que a toda causa, le sucede una sola acción.

Este tipo de pensamientos, por su enunciación, son univocistas y en esa medida no aceptan aquella máxima de Empédocles que decía *Tienen razón en lo que afirman pero se equivocan en lo que niegan*. Porque, cómo podríamos entender la identidad del mexicano como si ambos (identidad y mexicano) fuera uno solo; ¿acaso no hay diferentes mexicanos? Entonces, cómo hablar del mexicano en abstracto, cómo referirnos solamente al término sin atender a la materialidad que le da significado. Que acaso no nos es necesario tomar en cuenta la temporalidad, a los diferentes mexicanos que han pisado estas tierras y que hoy no son ni el polvo ni el nombre que alguna vez fueron; o bien, ¿acaso podríamos hablar de una sola identidad como si ésta fuera un concepto trascendente a la vez que trascendental?

¿Qué significa, entonces, tener identidad desde la teoría del todo?. Veamos, la identidad no ha surgido de datos específicos, tampoco de soluciones a problemas prácticos inmediatos, ha surgido como respuesta a una necesidad de afirmar y afirmarse como parte de un todo, en este caso el concepto de nación, el cual es tan difuso como la misma identidad.

Cuando el ser humano no puede comprender aquello que le dicen, simplemente lo acepta, aunque no siempre de manera sumisa, termina por reconocer y reconocerse en aquello que le dicen que así es a partir de ahora; es decir, a partir de que acepta tal o cual significación que responde a la realidad en la que se reconoce. Por ello, al principio<sup>26</sup>, el concepto de identidad debió ser sencillo, surgía como respuesta a lo que debería de ser el nuevo mexicano, el mestizo que asumía su nueva identidad; así, Florescano nos dice “los países suelen tener una bandera que representa la unidad, la independencia o los valores nacionales más estimados. Cada bandera expresa esos valores con un simbolismo propio, inconfundible, y confiere a éstos la representación de la identidad nacional”<sup>27</sup> pero, cuál unidad, cuáles valores, los de qué grupo étnico, en este país habitan muchas razas, muchas etnias; cuál simbolismo propio, si éste existiera *a priori*, el ejército zapatista de liberación nacional no se hubiera levantado en armas, si así fuera, los indígenas se sentirían igual de mexicanos que nosotros, y entonces, no estarían peleando por mantener y desarrollar su propia identidad. Como podemos ver, con el tiempo sólo se han acrecentado más las diferencias que nos indican que somos varias naciones concentradas en un solo Estado.

Ahora bien, al igual que cuando le preguntaron a Dirac acerca de “qué quería decir al hablar de una teoría matemática de la física, [éste] replicó que si quien preguntaba era un matemático, entonces no necesitaba decírselo, pero si no era un

<sup>25</sup> Barrow, John D., (1991) *Teorías del Todo*, Barcelona, Editorial Drakontos, Serie Crítica, p. 27

<sup>26</sup> Con *Al principio*, nos referimos a los inicios del nuevo estado mexicano en la primera mitad del siglo XIX.

<sup>27</sup> Florescano, Enrique, (1998), *La bandera mexicana*, México, Editorial Taurus, p. 13

matemático, entonces nada podría convencerlo de ello<sup>28</sup> los que imaginaron la nueva identidad de lo que sería el nuevo mexicano, no se *pre-ocuparon* por proponer y explicarles a los indígenas acerca de la nueva identidad que tendrían que asumir, antes bien, se las impusieron y, hasta la fecha los siguen *mexicanizando*. Lord Peter Wimsey dijo “¿Ves?, puedo creer una cosa sin entenderla. Es solamente cuestión de práctica<sup>29</sup>. ¿Tenía razón?, si nos remitimos a los estudios de Bonfil Batalla<sup>30</sup> contestaríamos que sí, que una gran mayoría de mexicanos mestizos se han convertido en tales a partir de una práctica de siglos, sin que mediara la necesidad de la relación biológica con el europeo.

El hecho de que pensemos que la identidad o las identidades existen no significa que ésta(s) sea(n), de suyo, una forma terminada de entenderlas. Si la identidad fuera finita, no lo podríamos saber en realidad, pues sólo sabríamos lo que hemos logrado entender como identidad; es decir, si la identidad fuera un todo, sólo estaríamos conociendo parte de ese todo, porque, cuál será la identidad del mexicano dentro de cincuenta o cien años. Si somos seres históricos no sólo debemos reconocernos *en* y *desde* el pasado, sino desde el futuro que estamos construyendo y desde nuestro presente que se mueve constantemente. Así, el tiempo sólo se extiende en nosotros como parte de nuestro estar aquí y ahora, pero este estar-aquí-y-ahora no tiene principio ni fin, esto en tanto podamos imaginar y cuestionarlos desde un efímero presente que se agota en el discurso de la intolerancia y la exclusión de la otredad.

Con el fin de ser más exactos en lo anterior consideremos las posibles posturas que podemos aceptar como formas de *ser* de la identidad:

1. Identidad ( I ) es un subconjunto de la sociedad ( S )
2. I es un subconjunto de S
3. I equivale a S
4. I no existe
5. S no existe

1. En la primera opción tendríamos que la identidad es parte de la misma sociedad, y como tal, no podríamos disociarlas y antes que preguntar por la identidad, tendríamos que entender que no podríamos disociarla de su parte que la contiene, es decir, de la sociedad.

2. Si aceptamos la segunda opción, tendríamos entonces que no se podría entender a la sociedad sin la identidad de aquellos que conforman a la primera; es decir, sólo a partir de que un grupo de personas se sintieran como iguales, con la misma identidad, es que se habría podido formar la sociedad.

3. La tercera posibilidad nos remite a ubicar que del ser en sí social, surge la identidad y que de ésta surge de nuevo el ser en sí social, y así *ad infinitum*; es decir, que sería lo mismo, por ejemplo, el nombre que tenemos y quienes somos.

4. A diferencia de las anteriores, estas dos últimas adquieren otro matiz, veamos, si la identidad no existe o bien: a) no somos quienes nos han dicho que somos, o b) aunque digamos ser quienes somos, sólo serán palabras que no tendrían mayor sentido.

5. Igual que la anterior, si no existiera la sociedad, entonces seríamos seres con una identidad que sólo se han conglomerado.

<sup>28</sup> Barrow, *Ibidem*, p. 28

<sup>29</sup> Barrow, *Ibidem*, p. 31

<sup>30</sup> Específicamente en sus libros: *México Bárbaro*, (1994) Editorial Grijalbo, y *Pensar nuestra cultura*, (1997) Editorial Alianza.



Como podemos ver, esta última posibilidad es insostenible, pues las sociedades existen, la cuestión es saber si éstas se dan a partir de que imponen una identidad, o bien, son las identidades las que provocan la existencia de las sociedades; o incluso, si es lo mismo y la identidad es la que determina no sólo la existencia de la sociedad, sino que no habría tal si no fuera por la identidad de los que la conforman. Pensemos, al respecto, en el razonamiento de Filón “El tiempo comenzó simultáneamente con o después del mundo. Pues al ser el tiempo la medida de un espacio determinado por el movimiento del mundo, y al no poderse dar el movimiento prior al objeto en movimiento, sino que debe por fuerza producirse después de él o simultáneamente con él, se sigue necesariamente que el tiempo es asimismo coetáneo con o posterior al mundo”<sup>31</sup>. Si en vez de tiempo, estuviéramos hablando de la identidad del mexicano, no podríamos aceptar que ésta surge con el nacimiento o la consolidación del estado mexicano, pues como hemos visto, los que habitaban en ese momento eran muchos grupos étnicos con diversas culturas e idiomas. Veamos esto con la *hipótesis del continuo* de Georg Cantor “[Él] probó que el conjunto de números irracionales (como el  $\pi$  griego, las raíces cuadradas de 2 y de 3, y los logaritmos) es infinitamente más grande que los números racionales”<sup>32</sup> esto lo hizo a partir de reconocer y contar dígitos y cifras en forma diagonal, veamos, “si tenemos cuatro números con una longitud de cuatro dígitos:

1234  
5678  
9012  
3456

El número diagonal 1616 no es ninguno de los cuatro números dados y si extendiéramos indefinidamente esta hilera de números, siempre habrá una forma de fabricar un número diagonal que no sea uno de la lista infinita de números dispuestos en hilera”<sup>33</sup>. Como podemos ver, Georg Cantor nos habla del infinito elevado al infinito, porque entre cada número hay un infinito de números más. De igual manera hablar de la identidad del mexicano, desde aquella arquetípica que se construyó en el siglo XIX, como parte consustancial de ser, y hoy desde un deber ser, queda ante todo rebasada por el número infinito de posibilidades de *ser*, *deber ser* y *poder ser* de los mexicanos concretos, los de carne y hueso que día a día están en constante construcción. No hay pues “el mexicano” con su identidad a cuestas, o sobre ella; antes bien, habemos, y hubo, muchos mexicanos con características multiculturales que les permitieron, y nos permiten, coexistir en una misma sociedad desde diferentes colectivos. Esto mismo lo podemos constatar con la llamada “Segunda ley de la termodinámica, la cual especifica que la entropía o nivel de desorden de un sistema físico cerrado no puede disminuir con el paso del tiempo [así, podemos ver] tazas de café que se rompen accidentalmente en trozos, pero nunca vemos recomponerse una taza a partir de los fragmentos. Nuestros escritorios degeneran naturalmente de un estado de orden a uno de desorden; pero nunca al contrario”<sup>34</sup>. Entonces, la identidad que se ha construido ha sido lineal y unívoca, como si el transcurrir del tiempo nos marcara como sujetos históricos unidireccionales; esto sin importar que la realidad, en su totalidad como fragmentaria es otra, pues el tiempo somos nosotros mismos, cada uno desde nuestras propias particularidades; nadie vive el tiempo de otro.

Se nos ha visto como esa taza que se rompe; pero se ha ignorado que al quebrarse, los pedazos fragmentados demostraron que no éramos irrompibles, que

<sup>31</sup> Barrow, *Ibidem*, p. 38

<sup>32</sup> Masini, Giancarlo, (1980), *El romance de los números. Historia ilustrada de la matemática*,. Col. Historia Ilustrada de la ciencia, Barcelona, Círculo de lectores, p. 155

<sup>33</sup> Barrow, *Op. cit.*, p. 47

<sup>34</sup> Barrow, *Op. cit.*, p. 51

estamos formados de un todo lleno de pequeños fragmentos, de muchas formas de ver la taza (desde cada fragmento). Joseph Conrad decía: “La mente humana es capaz de cualquier cosa, porque todo está en ella, todo el pasado y todo el futuro”, ¿la identidad también?. ¿La identidad es un todo? Tal pareciera que nos encontramos en un círculo vicioso, en donde necesitaríamos, *a priori*, conocer a los que ya tienen la identidad para poder conocer a ésta última, independientemente que una determine a otra. Tenemos pues dos extremos en un mismo camino, cada hombre tiene que recorrerlo ya sea hacia uno u otro lado. Ahora bien, “Los problemas lineales son problemas fáciles. Se trata de problemas en los que la suma o la diferencia de cualesquiera dos soluciones particulares son también una solución. Si  $L$  es una operación lineal, y su acción sobre una cantidad  $A$  produce el resultado  $a$ , mientras que su operación sobre  $B$  produce el resultado  $b$ , entonces el resultado de la operación de  $L$  sobre  $A$  más  $B$  será  $a$  más  $b$ . Así pues, si una situación es lineal, o está sometida a influencias que son lineales, será posible confeccionar un cuadro de su comportamiento global examinándolo en pequeñas partes”.<sup>35</sup> Pero, ¿son lineales el espacio y el tiempo por los que hemos transitado nuestra existencia los mexicanos?, ¿dónde queda la transversalidad socio-histórica, circunstancial?. La proximidad que nos une a los mexicanos no nos determina *per se*, antes bien nos distingue, pues si aceptáramos *a priori* que por ser mexicanos todos tenemos la misma identidad, seríamos iguales en el sentido de que compartiríamos la misma de manera unívoca; y, por lo tanto, ésta no cambiaría ni en el espacio ni en el tiempo, y la realidad al respecto es otra: somos tan diferentes que los últimos sucesos indígenas en el país nos han vuelto a abrir los ojos. Así, cuando miramos hacia atrás, nos encontramos con los pedazos de la taza rota. ¿De cuántas formas se pudo haber roto?

Entonces, la preservación de cualquier modelo de identidad frente a todas las desigualdades que por siglos han estado presentes equivale a una ley de conservación imaginaria de la taza antes de romperse. Los modos particulares de las diferentes sociedades en nuestro país, con sus diferentes culturas, han surgido de la concatenación infinita de un número también infinito de circunstancias que nos han hecho tener y seguir construyendo no una identidad de mexicanos, sino muchas formas de ser a partir del imaginario de la identidad individual y colectiva.

Por lo tanto, ni el Estado ni la nación son tampoco entes totales o acabados, pues de continuo están modificándose, son constructos imaginarios, paradigmas socio-temporales en los que depositamos nuestro acontecer real, el de diario, el que está presente desde hace siglos y que precisamente porque ha estado cambiando constantemente, *en* y *durante* el tiempo, es que hemos podido mantenernos como un todo que de suyo no existe en la realidad. Aunque esto no significa que por ello, la realidad deje de existir; antes bien, ésta es en sí en la medida en que nos podemos reproducir *desde* y *en* ella, como partes de un todo que, en la medida en que se nos vuelve difuso, nosotros somos de igual manera, difusos pero reales. La parte contiene al todo del que está hecho y, el todo no es nada sin sus partes que, a la vez, lo determinan como algo compuesto precisamente de sus partes en constante devenir. Somos, por así decirlo, como la banda de Möbius, empezamos y terminamos en cualquier parte que haga referencia a nuestra relación con el todo del que no podemos dejar de formar parte.

---

<sup>35</sup> Barrow, Op. cit., p. 217